

La comunicación, ayer y hoy

Entrevista de **Dominique WOLTON** a **Edgar MORIN**¹

Traducción de Raúl MAGALLÓN

Dominique WOLTON: ¿Cómo comenzó la colaboración entre Georges FRIEDMAN, tú y Roland BARTHES? ¿Qué queráis hacer? ¿Quién se interesaba por la comunicación en 1962?

Edgar MORIN: Georges FRIEDMAN, quien había sido durante varios años Director del Centro de Estudios Sociológicos, había consagrado su trabajo fundamental a la civilización que él llamaba técnica. Le interesaba el problema eminentemente técnico de los medios de comunicación. Y particularmente, todo lo que podía estar unido a la «cultura de masas». Con Paul Lazarsfeld, habían acordado la posibilidad de crear un centro dedicado a estas cuestiones. Por mi parte, después de escribir mi libro sobre *Le Cinéma ou l'homme imaginaire*, y su complemento *Les Stars*, me veía más bien inclinado a hacer Sociología del Cine. No podía aislar el cine de este conjunto que llamábamos «cultura de masas». Me interesaba la manera con la que los norteamericanos hacían progresar la cultura de masas, y no compartía forzosamente la posición de aquellos que, como HERBERT MARCUSE y ADORNO, mis amigos sin embargo, veían en ello el embrutecimiento completo de los ciudadanos. Esta unión entre el aristocratismo universitario alemán y la vigilancia del marxismo, o su creencia de ser tal cosa, que veía especialmente en los medios de comunicación y en las películas, una forma

¹ En el último número de *Hermès*, prestigiosa revista de nuestro campo, ha aparecido la entrevista datada en febrero de 2004, y realizada por su director, DOMINIQUE WOLTON, al protagonista indiscutiblemente más relevante de la Teoría de la Cultura de Masas, EDGAR MORIN. Agradecemos muy especialmente a Hermès su cortesía al permitirnos esta traducción y edición de la misma, constatando la relevancia de este documento para este número de CIC.

de alienar a los proletarios e impedirles tomar conciencia de clase, no contaba con mi adhesión. Yo intentaba superar este juicio. Estudié el corazón de lo que en la época constituía la industria cultural: el sistema hollywoodiense. No vi allí más que alienación. Y este análisis resultó válido para la canción, para el rock, para otras muchas cosas e incluso para la televisión. Reflexioné sobre la paradoja. Hollywood era ciertamente una empresa destinada a hacer dinero, con la especialización del mundo industrial, y la racionalización de ese mundo industrial, ¿Cómo es posible entonces que haya tantas películas mediocres o nulas? Cómo es que hay no sólo realizadores, o películas extraordinarias, sino que una buena parte de las películas son completamente nulas? Entonces defendí la paradoja central: la producción está obligada a hacer una llamada a la creación. No era posible fabricar películas como fabricamos automóviles, haciendo pequeños cambios de embellecedores o de capotas. Cada película debía tener su singularidad, su originalidad y su fascinación. Para esto, el sistema hace una llamada a las estrellas, como elementos de fascinación, pero no es suficiente. Hace falta que en el guión, en la manera de dirigir a los actores, haya arte. Superando la frase de MALRAUX, quien afirmaba que el cine era por un lado un arte y por el otro una industria, yo decía: es un *arte industrial* pero que no se reduce a las normas clásicas de la industria. Y esta dialógica o dialéctica producción/creación, la situé en el centro de análisis. Cuando quise estudiar el rock resultó aún más interesante porque veíamos grupos totalmente marginales, totalmente transgresivos, totalmente salvajes. Y una parte de estos grupos o de los cantantes podía, a pesar de todo, ser integrada en el sistema de producción de los espectáculos y de los discos, comenzando por BOB DYLAN y algunos más. Por supuesto que el propio sistema rechazaba lo inasimilable. Había conocido grupos en California donde los tipos se *chutaban* de tal manera que eran incapaces de acudir a una entrevista... No digo que el sistema fuera bueno, porque las normas de producción podían ahogar la creación, como ejemplo: ERIC VON STROHEIM, ORSON WELLES, etc. Es decir, el sistema llamaba a escritores como FAULKNER y no los utilizaba en el máximo de su genio, pero se servía de DASHIELL HAMMET y otros autores de gran talento; el sistema permitió a pesar de todo a HOWARD HAWKS, a JOHN FORD...

D.W.: ¿Pero la idea de crear el CECMAS (Centre d' Études des Communications de Masse) vino de G. FRIEDMAN, de tí, de R. BARTHES?

E.M.: No, la idea del CECMAS es de G. FRIEDMAN, después de que LAZARFELD le dijera: «Hay que hacer un centro para el estudio de las comunicaciones»... FRIEDMAN convenció a L' École des Hautes Études y al CNRS para formar conjuntamente el centro. Y nos llamó a R. BARTHES y a mí. ¿Por qué a mí? Porque

yo estaba escribiendo *L'Esprit du temps*, yo trataba a fondo el problema de la cultura de masas. ¿Y por qué BARTHES? Porque había escrito las *Mythologies*, se encontraba además en una situación difícil, rechazado de la sección lingüística del CNRS. Entró en el Cecmas y con ello se benefició de la protección e incluso de la amistad suprema de F. BRAUDEL.

D.W.: ¿Teníais adversarios en la época?

E.M.: Fíjate que en el momento de la creación, era más bien indiferencia. Recuerdo que una vez fui con G. FRIEDMAN a ver a LÉVI-STRAUSS. G. FRIEDMAN tenía que anunciarle la creación del centro, LÉVI-STRAUSS escuchaba con indiferencia... No, la oposición vino después, de P. BOURDIEU. Pensó, con R. PASSERON, que mi libro, cuyo éxito sobreestimaba, era un gran peligro intelectual porque mi tesis general era que había un lado universal en el cine. Había un lado «trans-clases» si quieres, en el amor por las canciones, de CHARLES TRÉNET o de EDITH PIAF.

D.W.: Para él y para otros, esa idea era insoportable...

E.M.: En aquella época, por el contrario, él quería mostrar que el *habitus* determinaba todos los gustos, los colores... Ocurrió siempre con este libro, y no solamente a causa de este ataque de BOURDIEU, que no fue aceptado entre en los clásicos sociológicos, porque no era sociológico en el sentido clásico. Era tan histórico como sociológico o psicológico, así es lo que yo hago todavía hoy. Después de *L'esprit du temps*, escribí en la revista *Communications* un buen número de textos, en particular un texto de la época del asesinato de KENNEDY, que se llamaba *Une Télétragédie planétaire*, y ocurrió siempre igual. Hice un artículo sobre las diferencias entre la *interview* digamos sociológica y la *interview* de los medios de comunicación. Después me marché fuera, hice una investigación en Bretaña; me lancé a otras vías de Epistemología, sobre la teoría del sistema. R. BARTHES, por otra parte, evolucionaba. Después de las *Mythologies*, fundó la semiología barthesiana, por oposición a la de GREIMAS.

D.W.: ¿Por qué lo dejaste?

E.M.: Pensé que lo que tenía que decir lo había dicho ya en *L'Esprit du temps* y también en *Les Stars*. Todo había comenzado cuando tuvo lugar la famosa Noche de la Nación de 1963. *Saluts les copains*, esa emisión tan amable, se volvió violenta, se arrancaron las verjas de los árboles, se volcaron coches. Estupefacción. Y JACQUES FAUVET preguntaba: «¿qué tiene que decir de todo esto CLAUDE LEFORT?. ¿No hay un sociólogo que pueda tratar esto?»

D.W.: CLAUDE LEFORT nunca se ocupó de las cuestiones de comunicación

E.M.: No.

D.W.: ¿Por qué?

E.M.: Interesado en la democracia, habría podido sensibilizarse con la modernidad, pero lo que más bien quería era elaborar una teoría metamarxista. Digamos que era la época del metamarxismo de C. CASTORIADIS, de C. LEFORT, y en parte también mío. Fue entonces cuando JACQUES FAUVET me pidió un texto sobre cuanto ocurría. Yo estaba muy impresionado. ¿Por qué? Ya había tenido lugar la noche de la San Silvestre, en Estocolmo, dos años antes, cuando bruscamente la juventud sueca se había vuelto furiosa, maltratando a los viejos, volcando las verjas de los árboles, los coches, una fiesta adolescente se transformó en violencia. Y luego vi una película que me influyó mucho, donde la gente, que vivía en California con todas las condiciones materiales de felicidad, era verdaderamente desgraciada. Se trataba pues de la «enfermedad dentro de la civilización». Encontré así los elementos que me permitían desarrollar el tema de una nueva cultura adolescente relativamente sorprendente. Me apoyaba también en dos películas muy importantes, un poco anteriores, una era *Salvaje*, con MARLON BRANDO, y las otras eran las películas de JAMES DEAN, en particular *Rebelde sin Causa*. Me dije: hay una adolescencia que no está ya en el núcleo familiar, que no está integrada en el mundo adulto y profesional, y que expresa aspiraciones de más libertad, de más desarrollo de la comunidad y que, por ello, tiene un potencial de revuelta que por otra parte iba a mostrar Mayo del 68. Pero obviamente para los sociólogos, la idea de hablar de una «clase adolescente» era iconoclasta. No había más que clases sociales.

D.W.: Es iconoclasta...

E.M.: ¡Para mí la denominación era posible, para ellos, era confusionista! Así aquella época entera contribuyó, junto con Mayo del 68, a desarrollar el tema de la cultura de masas.

D.W.— Sí, pero lo que es extraño, es que los estudios de comunicación disminuyen después de 1970 y hasta los años 80-85.

E.M.: Porque R. BARTHES no se interesa ya más que por la semiótica, que todavía evoluciona más. El propio G. FRIEDMAN, que paternalmente fomentaba los estudios sobre los medios de comunicación, tenía otras preocupaciones que fue-

ron a desembocar en su libro *La Puissance et la sagesse*. Después de haber sido el apóstol de la civilización técnica, comenzó a ver la crisis del progreso. Este libro tiene algo de mucha actualidad, *La fuerza y la sabiduría*. Trata cómo vivir en este mundo donde la fuerza puede destruirlo todo.

D.W.: El silencio sobre la obra de G. FRIEDMAN es injusto.

E.M.: Sí, hace dos años, hicimos un congreso sobre G. FRIEDMAN. Las actas van a publicarse, pero ¡ay!, este autor cayó en un agujero, hay injusticias históricas. Después de Mayo del 68, me vi inmerso en los problemas epistemológicos, en «el método». Por ello R. BARTHES y yo decidimos, en común, que la denominación CECMAS ya no convenía. Yo propuse la palabra *transdisciplinar*, que nos deja total libertad de acción.

D.W.: En esta época, *Communications* era la única revista sobre estas cuestiones...

E.M.: Es más, la palabra *comunicación* me sirvió para hacer algunos números sobre la comunicación entre disciplinas; sobre la vuelta del acontecimiento, sobre la Epistemología de la Complejidad; pero eso más tarde. Lo que también te quiero decir, es que los fenómenos tomados desde la perspectiva de la palabra *comunicación*, para muchos habrían podido ser tomados igualmente desde la perspectiva de la palabra *cultura*.

D.W.: ¿Quieres decir que podríamos hacer lo mismo con la palabra «cultura»?

E.M.: A mí, la expresión «*cultura de masas*» me permitía integrar las vacaciones, la utopía concreta, el *Club Méditerranée*... Sobre los medios de comunicación, además, hice todavía un estudio después de 1968, con mi pequeño grupo de investigación, el tema era el neo-feminismo, la neo-feminidad, estudio al que pusimos el grotesco título de «*Les femmes majeures*» («Las mujeres mayores»). Era un análisis de los temas de la prensa femenina antes y después de 1968. Mientras que antes de 1968, la temática era la euforia: «sed bellas, sed seductoras, conservaréis a vuestro maridito, etc.», después de 1968, «envejecemos, los niños se van, los maridos se van, la soledad...», pasando a ser problemático. Yo había analizado cómo el tema central del *Happy End* había perdido su majestuosa hegemonía y que tendíamos a los finales equívocos, los finales trágicos. Se me olvidaba mencionar la investigación sobre «*MADAME SOLEIL*», en *Europe n.º1* en los años 70.

D.W.: Aquello fue original, no tenía legitimidad.

E.M.: Yo estaba impresionado por el hecho. ¿Por qué, precipitadamente, MADAME SOLEIL surge en *Europe n°1* y pasa a ser un acontecimiento? Por supuesto, se desbordó con la astrología moderna. Hasta el año 1972, más o menos, me mantengo inmerso en estos intereses. Luego vino la teoría de WEAVER y SHANNON. ¿Qué es la información? La paradoja de la «sociedad de la información», es que es una sociedad de la información *castrada*. Es una sociedad de la información sin acontecimiento. Mientras el concepto de información reenvía a ruptura, hablar de sociedad de la información no tiene mucho sentido. En la época, no había mucho interés por los estudios mediáticos. Había movimientos de opinión apoyados por una parte de la *intelligentsia* para decir que el cine jugaba un papel nocivo en la gente; a continuación fueron los dibujos animados quienes fueron malditos y después fue evidentemente la televisión. Se buscaba una causa a los males de la sociedad, al problema de la delincuencia juvenil, una causa exterior a la propia vida de la sociedad, exterior a la familia. Está claro que me revelaba contra esta idea, basándome además en investigaciones hechas en Estados Unidos e Inglaterra en los años 30. Pero el marxismo era determinante, no había nada más que él. No hablabamos más que de alienación. Recuerdo, una vez en Florencia, que había una gran reunión de intelectuales. Tuve la desgracia de decir: «¡Ah, a mí me gusta el *western!*!». En este momento, LUCIEN GOLDMAN que estaba en la sala, saltó de indignación y llegó hasta el micro para decir: «¡No quiero que hablemos de *western*, es la alienación de la clase obrera!».

D.W.: ¿Crees que las posturas han cambiado en relación con la comunicación y a la información?

E.M.: Ha habido inicialmente un fuerte impacto de la televisión, y después el segundo gran impacto de Internet...

D.W.: La radio, no ha tenido mucho...

E.M.: La radio continúa jugando un papel muy importante. En la radio, como en el cine, se observa el proceso de diversificación, también en la Literatura: la literatura de estación, las novelas populares... En el cine: cine de autor, cine de gran espectáculo... La propia radio se ha diferenciado de una forma maravillosa...

D.W.: Ocurre lo mismo en la televisión con los nuevos soportes...

E.M.: La televisión, ya en los Estados Unidos, se diversificó entre satélite y cable. Hay cadenas musicales, cadenas documentales científicas, culturales... Dicho de otra forma, el proceso de diversificación es un proceso de maduración de un medio de comunicación. Es clarísimo. Pero no debemos olvidar el otro papel de los *mass media*. Y en cuanto a Internet, es muy patente, sirve para todo, para los encuentros, para el erotismo, para las especulaciones financieras, etc. Se llega a esa idea banal de la polivalencia de un medio técnico. Lo que es interesante es que Internet realiza un sistema neurocerebral planetario, inmiscuido en todas partes. Presenta los rasgos de la complejidad a partir de tres principios. El primero, que yo llamo el principio dramático, es decir, alguien que está delante de su ordenador con su carácter singular, tiene potencialmente la totalidad a su disposición. El todo está potencialmente en lo singular. Hay además un lado recursivo. Sin parada, Internet pasa a ser productora de otra cosa. Sigue un principio en bucle. Tercero, es fundamentalmente dialógica. Se funda en relaciones de complementariedad y a veces también de antagonismo. En mi opinión, Internet es algo importante, además de por sus rasgos de complejidad, por la autonomía extraordinaria que da y por su carácter planetario. Se ve bien mi postura. ¿Hace falta censurar Internet? ¿Poner salvaguardias?... Yo soy partidario de que las ventajas de la libertad son mucho más importantes que la lucha contra la pornografía, las insignias racistas o los propios racistas. He podido discutir con internautas chinos, y de otros lugares donde se ve hasta qué punto es importante para países que sufren opresión...

D.W.: ¿Piensas que las cuestiones de comunicación están llamadas a devenir disciplinas académicas? Es el caso de la universidad desde 1974. Por contra, no en el CNRS. ¿Y qué hacer con las problemáticas interdisciplinares?

E.M.: Yo soy partidario —así lo dije en un texto que hice para la UNESCO, *Les sept savoirs nécessaires à l'éducation*— de crear esferas que permitan tratar cuestiones que son desintegradas en diferentes disciplinas y que deben ser reunidas. Por ejemplo, si hago una esfera sobre la comprensión humana, estoy obligado a utilizar la psicología, diferentes psicoanálisis, estudios culturales. Lo mismo para una esfera sobre la cuestión planetaria, o sobre la identidad humana. Desde este punto de vista, la comunicación puede ser sin lugar a dudas una esfera independiente.

D.W.: ¿Hay a largo plazo un lugar para un ámbito de conocimientos cuando se ve a la vez la influencia de las técnicas y de la economía sobre la comunicación?

E.M.: Es un dominio típico en el que el reduccionismo y el especialismo son un riesgo mayor, es evidente que la reducción a la economía y la reducción al abuso tecnológico son peligrosas. La reducción a la información es también un riesgo. Lo hemos visto, tú y yo, en la Cumbre sobre la Sociedad de la Información en diciembre de 2003. En el fondo, el problema es saber con qué mentalidad vemos esas cuestiones. Si se acepta el concepto de complejidad por oposición al reduccionismo ambulante, es evidente que el mundo de la comunicación es un mundo fundamentalmente abierto y polidimensional. De todas formas, las contradicciones estallarán si hay demasiada racionalización y reduccionismo. Mira la edición. Se han creado conglomerados enormes, pero un sistema tan grande no puede funcionar si no es dejando un poco de autonomía a sus satélites. El gigantismo, sobre todo para dominios tan sutiles, debe dejar su lugar al talento personal.

D.W.: A propósito de las relaciones entre información-cultura-comunicación, ¿Temes algo en particular?

E.M.: La «imbecilidad», como todo el mundo...

D.W.: De acuerdo, pero ésa es intemporal y universal. ¿En la mundialización de la información, o en el crecimiento de las industrias culturales, ves contradicciones particulares?

E.M.: Los peligros son otros. Está Internet, se intenta controlarla pero no se consigue del todo, es una nueva esfera de libertad. Del mismo modo, la multiplicación de cadenas de televisión en el mundo, incluso si a menudo emiten los mismos programas, es a pesar de todo una fuente de diversidad. Incluso cuando hay concentración financiera, los que se concentran están obligados, para su éxito, a dar autonomía. De hecho, la pluralidad de fuentes de información, incluso entre las manos de gente que quiere ganar dinero, conduce al hecho de que los periódicos están obligados a ofrecer un mínimo de informaciones pluralistas. Si no, la gente irá a buscarlas a otra parte.

D.W.: ¿Crees en la idea de un control de las conciencias occidentales por R. MURDOCH, por ejemplo?

E.M.: Es necesario ser prudente, en efecto lo hemos visto durante la Guerra de Irak. Basta que en un momento dado, unos grandes grupos de prensa repitan «Saddam tiene armas de destrucción masiva», para crear una psicosis histórica. Es un fenómeno que vimos en 1914 cuando una prensa muy diversa fue unáni-

me en una histeria de guerra. Es seguro que formas de oligopolio como el de Murdoch son muy malas, pero finalmente y a pesar de todo, no está completamente solo, en Inglaterra...

D.W.: ¿Desde un punto de vista más antropológico, si nos hacemos la pregunta en relación a un individuo, del cociente que debe preservarse entre el tiempo dedicado al ordenador, a escuchar la radio, música, a ver la televisión? ¿Cuál es la relación con la experiencia? ¿Cuáles son los riesgos de desequilibrio?

E.M.: En un primer momento, la televisión, como el cine, son inhibidores de lectura, pero en un segundo momento hay películas que incitan a leer la novela, y más profundamente revelan progresivamente el aspecto único de la lectura. Un libro se tiene entre las manos, se mira, se hojea, etc. Es preciso cuidar a las jóvenes generaciones en esto. En lo que concierne a los estudios sobre la lectura de los adolescentes, nos damos cuenta de que todavía leen en el colegio; después, en el instituto, ya no tienen ganas de leer. En particular esto está unido a la detestable enseñanza de la Literatura que hacemos, haciendo semiótica, recortando textos.

D.W.: ¿Crees que la generalización de las industrias culturales y de la información puede modificar de manera favorable o desfavorable la relación entre cultura y comunicación?

E.M.: Hay un peligro incontestable unido a la tecnificación, a la industrialización y a la hipercomercialización. Así, ayer, «Le Seuil» podía editar autores con una perspectiva de tirada reducida. Hoy si el ordenador ve un cierto volumen de ventas, él mismo calcula la reedición. Y garrotazo, en el caso contrario. Dicho de otra forma, cosas que estaban reguladas antes por las decisiones individuales son ahora mecánicas. Por otra parte, hay en la actualidad una voluntad sistemática de favorecer ciertos libros y autores, aquellos que son susceptibles de convertirse en *best-sellers* —en detrimento de los demás—. Para algunos autores, también se ve una campaña sistemática orquestada en varios periódicos. En la televisión, hay también una cierta degradación. Hace tiempo, me invitaban para hablar media hora o una hora en una entrevista cara a cara. Ahora, se acabó. Ese tipo de programa dura unos minutos y se emite a la medianoche. Los debates son más bien *shows* espectaculares y el presentador presta atención a que nadie pueda desarrollar sus ideas porque piensa que eso va a «atontar» a los espectadores. Está esta obsesión por el audímetro y con ello un fenómeno de regresión. Aquello que decía C. CASTORIADIS: el ascenso de la insignificancia es un hecho.

D.W.: ¿En la comunicación política, ves fenómenos específicos de los medios?

E.M.: La decadencia del debate político no está tan unida a los medios de comunicación. Si el debate político hubiera llegado a ser rico, y los medios de comunicación lo impidieran, yo diría que habría algo de específico. Éste no es el caso. Es verdad que hay un cuarto poder, es decir, que los periodistas tienen un poder sobre los políticos, sobre los escritores, pero es necesario resistirse a él. Hay muchos países donde los periodistas de prensa escrita son mucho más serios.

D.W.: ¿En la pobreza del debate político, encuentras que los intelectuales, los universitarios, tienen una responsabilidad particular?

E.M.: Cuanto más se entrega el mundo a la burocratización, a la especialización, a las reglas de los expertos, de los técnicos y de los tecnócratas, más necesitamos la voz autónoma del intelectual. No sólo a causa de su autonomía, sino porque es él quien puede tratar problemas fundamentales y de *logo*. Desgraciadamente, algunos aprovechan este privilegio para decir cualquier cosa sobre estos problemas fundamentales.

D.W.: ¿Es la televisión el foro para ello?

E.M.: Es un foro potencial, pero es evidente que hoy apreciamos a los intelectuales televisuales y mediáticos porque actúan bien en su campo. Es cierto que los medios de comunicación pueden utilizar al intelectual que les contesta, porque eso también resulta interesante. Es por ello que RÉGIS DEBRAY o P. BOURDIEU han sido ampliamente mediatizados. La televisión adora hablar de la Sociedad del Espectáculo... Pero no podemos hacer a los medios de comunicación responsables de la mediocridad del debate intelectual y político. Hay, a pesar de todo, un pluralismo de los medios de comunicación. Hay, a pesar de todo, una regresión intelectual, que quizá no es más que provisoria y que no está unida a la naturaleza de los medios de comunicación.

ENTREVISTA ORIGINAL:

REVUE HERMÈS. Les Sciences de l'information et de la communication. Savoirs et Pouvoirs. Número 38. La communication, hier et aujourd'hui. Entrevista con EDGAR MORIN.